ya lo otro, ò todo junto; apenas huvo Sanson buelto las espaldas, quando tomò la señora otro marido, y celebrò el casamiento, sin mas razon, sin mas causa, sin proceder mas recados: Sanson, que descuydado en su tierra, juzgava ya siglos los instantes de no ver à su muger (que como la queria, por mas que le avia enojado, ya estava muerto por verla) depuso la pesadumbre, olvidò los sentimientos, y partiose à Thannata. Previnose de vn regalo, con que acariciarla, considerando prudente, que para vna muger que està sentida, son las dadivas los mejores alhagos. Llegò, pues, à su casa (aunque ya bien ageno) y sin esperar que le embaraçassen otras visitas, tirò presuroso al Palacio de su esposa. Salióle el suegro al encuentro, y muy cari acontecido, le preguntò adonde iva, y que buscava? A mi muger busco (le respondiò Sanson) que yo de vuestra casa no quiero otra cosa; y me admiro mucho, que me hableis de essa manera, y que me recibais con terminos tan estraños. Aqui ya no ay muger vuestra (dixo el suegro) que como os fusteis tan desazonado, y sin despediros, mi hija imaginò que la aborreciais, yo que la dexavais; y assi la dì otro marido, con quien està casada, y muy contenta. Otra hija tengo menor, y mas hermosa, con essa podrè serviros, porque en lo que buscais, ya no ay remedio.

Reparen atentos los mas lastimados en esta materia; aquellos que por varios accidentes les quitan à sus mugeres, y miren sin passion, si le ha sucedido à alguno lance semejante? Y si tan cara à cara le han dado con la ofensa por los ojos? Ir vn hombre de bien à su aposento, y dezirle, que su esposa està con otro al lado; à quien le ha sucedido? Solo el valor de vn Sanson pudo tolerarlo; porque herida tan cruel, y de repente, à otros los dexara muertos. Ensanchando, pues, el pecho el Nazareno, y sin querer dar braburas à la lengua, por dexarlo à las manos, dixo con mucha modestia estas palabras: No serà ya culpa mia, desde oy tomar las armas contra los Filisteos, y hazerles muchos males; y assi, apercebios à mis iras, porque si es causa de Dios, rayo tengo de ser contra vosotros. No dixo mas desto, y haziendose al monte, pensò el mas estraño ardid, que cupo en ingenio humano. Cogiò trecientas raposas, y atandolas de dos en dos, con vna hacha encendida, solòlas entre las miesses, que estavan para segar: encendieron-

se

se los campos, y en vn besubio de llamas, quedaron hechas cenizas, miesses, viñas, y olivares: mil rayos que escupiera el Cielo, no causaran tanto daño. Sabida por los Filisteos la causa que avia movido à Sanson para hazer aquel estrago, pegaron fuego tambien à las casas de sus suegros, con que ellos, y la muger, con su nuevo esposo, quedaron convertidos en pavesas. Este es el caso de Sanson, y esta su vengança, y no es mi intento, no, ni Dios tal quiera que tome David motivo para despicarse, porque la Infanta Michol està inocente; y si Saul ha andado desatento, ni ella merece castigo, ni à vn Rey por mas que ofenda, se le ha de hazer desacato. Mirese, pues, el sucesso, por la parte que enseñe à ser sufridos; no por la parte que incite à hazer vengados.

CAPITULO DEZIMO.

EN QUE SE PONEN OTROS similes, y exemplos de varones ilustres, à quien violentamente les quitaron sus mugeres, y las casaron con otros.

YA que hemos consolado à David sus cuytas, con historias sagradas, espaciemonos vn rato por el dilatado campo de los passados siglos, y veremos otras varias historias, en que al modo de David, hombres famosos, lloraron riesgos de honor; y al modo de Michol, mugeres grandes, se vieron con dos maridos, para que si acaso alguno, y alguna adolecieren de semejante dolencia, no imaginen que son solos los que han passado este mal, y consuelen sus fatigas con los assi lastimados.

EXEM-

EXEMPLO PRIMERO.

Autores q̃ tocan esta historia Eusebio in Chrisost. l. 7 Plutarco in Pirro. Pausanias, lib 1. Ovidio Epist. 8 Pineda, lib. 3. c. 13. §. 5. y lib. 7. 23. §.

DEnos principio al assumpto el gran Principe Orestes, tan celebrado, por dechado de amistad; que ostentò con Pilades, cuyos sucessos, si huvieran de referirse por estenso, nos apartaran mucho de nuestra obra; porque fueron muchos, tragicos, y memorables. Contaremos solo lo que haze à nuestro intento, dexando aun al discurso harras circunstancias. Fue Orestes hijo de Agamenon, Rey de Mizenas, aquel que hecho General de tantos Principes Griegos, en vengança de la afrenta de su hermano Menelao, passò à Frigia, y dexò abrasada à Troya. En tãto, pues, que el padre fue à aquella jornada, que durò diez años, se quedò Orestes en Grecia, ya fuesse por Governador del Reyno, ya por alivio, y consuelo de su madre Clitenestra, ò ya para que la guardasse; porque en ausencias largas de vn marido, muger moça, y hermosa, se suele torcer al vicio. Raro fue el exemplo, pues casi todas las mugeres de quantos Principes fuerõ à aquella guerra, que passaron de quarenta, procedieron desleales, dandose à otros gustos. En este tiempo, pues, teniendo Orestes noticia de la Infanta Hermione, hija del Rey Menelao, y de la Hermosa Helena, y prima hermana suya, fue à verla à Lacedemonia. Avia quedado encomendada la doncella à su abuelo Tindato, padre de su madre; y temeroso el viejo, no aconteciessen à la nieta los desastres que à la hija, tenianla en sus Palacios muy guardada. Era Hermione tan honesta, como hermosa; harta admiracion, que pareciesse à la madre en los asseos, y no en la desemboltura. Ella era la guarda de si misma, huyendo conversaciones, y passeos, que son los passos donde se assaltan honras, y hermosuras. Como Orestes era primo, y Principe de Mezenas, y que iba en son de deudo à visitarla, se le diò passo franco, y puerta abierta. Recibiòle Tindato muy bien, hizo aderezarle quarto, diole permission de vér, y hablar à la prima. A las primeras vistas, quedaron enamorados, sin atreverse èl, ni ella à declarar su passion en muchos dias, por mas que el amor les guerreava los pechos. Es muy recio mal callar, si ay fuego de amor que abrasa, y assi Orestes, enfermando de tristeza, temiò perder la vida, si Hermione, que le entendiò la enfermedad, no le aplicara el remedio. Curòle, y curòse à si con vn estraño modo, diziendo à su abuelo, que el mal de su primo era amor que la tenia; y que ella no podia remediarle menos de con su licencia, y con titulo de esposa. Con que se case contigo (dixo el viejo) yo me darè por contento; pues no puede aver en toda Grecia Principe que nos estè mas bien. Pues haz, señor, (respondiò Hermione) lo que quisieres de mi, que tuya es mi voluntad.

Visitò Tindato à Orestes, como dandose por sentido, de averse estrañado con èl, en no manifestarle su melancolia: dixole, que estimava que amasse tanto à Hermione, y en fee de ello se la dava por muger, que cuidasse de su salud, y tratasse de alegrarse. Quedòse Orestes atonito, y pasmado del repentino favor, y dandole à entender, le faltavan palabras para agradecerlo, se echò à sus pies, con lagrimas de gozo. Entendida la fineza de Hermione, y que las voluntades se pagavan vna à otra, los deseos celebraron sus desposorios con muchas alegrias, si bien la ausencia de Menelao, padre de la nobia, y la infamia de la robada Helena, no dieron lugar à comunes regozijos, que quando se arrastran lutos, son escusadas las fiestas.

En suma felicidad passava Orestes su vida al lado de su esposa, sin que le inquietassen las memorias de Mizenas, ni regalos de la patria: mas como sea pension del mayor gusto vna tristeza, vnas nuevas infelizes le aguaron todos los gustos: Recibiò vna carta de vn privado suyo, en que le dezia, que su madre Clitennestra, olvidada de la Magestad Real, y de la fee devida al Matrimonio, ofendida al Rey su padre; que el caso era ya notorio, publica la desemboltura, patente la infamia, que cuidasse del remedio. Desdichado aviso, para quien sabe sentir afrentas! Lance terrible para vn hijo, à quien en iguales valanças tanto pesa el ofensor, como el ofendido! Madre, la que ofende, padre, el afrentado, adonde irà el discurso para la vengança? Matar solo al aduiterio, es poco despique, si quien es causa à la infamia queda viva. Atormentado con estos pensamientos, por mas que quiso dissimular el dolor, no pudo (que no son todas las penas vnas, que pueden dissimularse) advirtiò Hermione en el desassossiego, viendo-

le triste en la mesa, en el lecho desvelado, en todas partes sin gusto; como ignorava la causa, sentia aquellas desazones, juzgandolas nacidas de otro cuidado. Preguntòle cariñosa, le declarasse su pena, y Orestes con mil rodeos la encubria; que aunque entre marido, y muger, quando se aman finos, no ay secreto, ay casos tan infames, que es afrenta de vn marido revelarlos: liviandades de vna madre, solo à Dios pueden dezirse. En fin, por salir de la guerra, en que ya vna muger casi zelosa, y sentida avia de ponerle cada instante, fingiòle aver sabido que su madre estava enferma, y todo el Reyno muy desassossegado, con su ausencia; para cuyo remedio le hazian instancias muchas se partiesse, y que èl temeroso, y lastimado de apartarse de sus braços, se atormentava afligido, sin saber que hazerse: aunque estava resuelto à dexarlo perder todo, antes que sin gusto suyo salir de Lacedemonia.

Dexase engañar facilmente vn pecho noble, y mas el de vna muger; y assi Hermione muy creida, que eran aquellos accidentes la causa, à fuer de obligada de las finezas de Orestes, le diò permission, que fuesse à mirar por los Reynos de su padre, y à cuidar de la salud de su Madre Clitennestra. Despidiendose, pues, con abraços tiernos, con lagrimas muchas, y con los demàs estremos que entre marido, y muger ocasiona el dividirse. Partiò Orestes à Mizenas, y à la primera jornada tuvo aviso, que Agamenon su padre era ya de buelta de la jornada de Troya, coronado de laureles, y arrastrando triunfos: mas todo vitoria poca, aqui en su casa le esperàva vna infamia. Dexemos à Orestes aqui prosiguiendo su viage, y bolvamos à su esposa à ver como queda, y lo que le acontece; que en ausencias del marido por bien que libra vn honor, siempre le assaltan desdichas.

Casi à vn mismo tiempo llegaron à Grecia Agamenon, y Menelao con el gozo que puede presumirse, de dexar tan vengada la afrenta de Paris, Troya destruida, su Rey, y Principes muertos, y cobrado el robo, que fue la hermosa Helena. Agamenon enderezò à sus Reynos, y Menelao con su cobrada esposa, entrò en Laecedemonia muy triunfante. Grandes fueron los jubilos, grandes las alegrias de Hermione, de ver sus padres vivos, despues de tan larga ausencia. Menelao, y He-

Helena, no estavan menos contentos, de vèr ya dama tan rosa la que quedò niña flor. De los vnos à otros braços, andava hurtando caricias, y recibiendo favores, pero todo vino à desvanecerse con vn inopinado susto. Venia en compañia de Menelao el valiente Pirro, hijo de Achiles, que en vengança de su padre, diò al Rey Priamo la muerte, sin que le valiesse el sagrado del Templo, y à la Infanta Policena degollò assi mismo sobre el funebre sepulcro donde se acogiò llorosa; ambas hazañas indignas de vn pecho noble, porque teñir las manos en la sangre fria de vn viejo, que en vn Altar pide clemencia, y manchar el azero en sangre inocente de vna doncella hermosa, que sobre el sepulcro llora por su esposo, nunca fue vitoria de Principes valientes, sino vengança vil de pechos vengativos. En recompensa, pues, destos, y otros hechos, y por hijo de Achiles (que era el mayor timbre) le ofreciò Menelao à Pirro à su hija Hermione por esposa, estando allà en la guerra. Como èl era padre, y à quien solo toca casar à sus hijos, estava bien ignorante de que ella se huviesse casado, ni que el abuelo materno lo huviesse consentido. En medio, pues, de los mayores contentos, juzgando Menelao que hazia à su hija vna gran lisonja, y merced rica, la dixo, que era Pirro su esposo, que le diesse la mano, y estimasse el empleo.

Qual quedaria la desgraciada Hermione, quando no tenia en la memoria sino à su esposo Orestes, y estava esperando tiempo para contarlo à sus padres; colijalo el curioso, pues sin hablarlo se dize. Entre turbada, y honesta se hizo à la congoja, y con la pena sembrada por la cara, manifestò su disgusto. Sintiòlo Menelao, y mas mirando à Pirro, demudado el color, los labios muertos, los ojos encarnizados; y dixo con el imperio de padre. Que verguença, ò que temor es el que te impide à no cumplir mi mandato, quando te doy por esposo à vn Principe de Tesalia? à vn hijo de Achiles? y à vn compañero mio, à quien devo mis vitorias? Lo que debieras abraçar con gusto, lo recibes con essa desazon? con esse despego? Ea, sin hablar palabra, dale la mano à Pirro, y reverenciale esposo. Padre, y señor (replicò Hermione) no violentes mi voluntad con tanta prisa, quando nudos de Matrimonio piden mucho espacio. Tiempo ay mi abuelo sabe en esta parte mi cuidado ha-

hable por mi, y yo estaré obediente. No tiene que hablar Tindaro (dixo Menelao) adonde yo estoy, ni ha de estorvar vn abuelo lo que determina vn padre. Callò Tindaro, temiendo mayor el empeño si dezia lo que passava; callaron todos, por no oponerse al gusto del Rey, con que Pirro tomò la mano à Hermione, sin querer aguardar à que ella se la diera. Diòse por hecho el casamiento, por mas que vieron forçada la voluntad de Hermione; pero adonde padres quieren, ya no se repara en fuerças. Al quedarse solos los nuevos desposados, aquella primera noche huvo vn coloquio cruel, feneciendo en rigores, lo que se empezò en palabras. Pirro se mostrò muy sentido, de que à sus meritos huviesse correspondido Hermione con aquellas esquiveces, hablòla en esto mas con desgarros de soldado, que con finezas de amante; y ella entonces, armandose de algun brio, le satisfizo, diziendo: No me espanto, quando ignorais mis causas, que os mostreis quexoso, y os deis por ofendido; sabed, que yo estoy casada, y que tengo esposo tan noble como vos, y tan valiente; y que sino os apartais desta pretension, sabrà vengar su agravio. Mi primo Orestes es el dueño mio, y quien tiene las llaves de mi voluntad, y assi no admireis de que me estrañe con vos, si soy sola de mi esposo, y està cerrada la puerta. Como puede ser (dixo Pirro) casarse vna doncella, sin el consentimiento de su padre? ni que ley permite semejante arrojo? Yo os concedo (respondiò Hermione) que no es permitido, mas si le haze de hecho es Matrimonio; demàs, que à mi me honesta la autoridad de mi abuelo, que es padre tambien, y quedò en lugar de padre. No ay aqui (replicò èl) mas padre que Menelao; èl os ha casado conmigo, con que soy vuestro legitimo esposo: como tal os tengo en mi poder, y os defenderè por mia, à pesar de Orestes, y de todo el Orbe. Mal hazeis (dixo ella) en violentar voluntades, aunque estuvieran libres; pues donde no reyna el gusto, es buscar cuerpos sin alma. Ahorremos de argumentos (dixo Pirro) ò me hareis estragar la cortesia, diziendo esto asiò della, y llevòla à su Palacio. Al cabo de algunos dias, se partiò con ella à Epiro, donde hizo assiento, respetado como Rey, y temido por sus armas. Dexemosle aqui acariciando con alhagos las lagrimas de Hermione, y vamos à vèr à Orestes.

Ca-

Caminava à Mizenas (como dexamos dicho) con la pena, y el cuidado del poco recato de su madre, y temeroso assimismo de si sabria ya su padre aquella afrenta; que aunque el ofendido siempre es el vltimo que la sabe, tal vez personas chismosas, pensando que hazen favor, lastiman à vn inocente. No dieron lugar los adulteros à que el triste Agamenon, entendiera aquellas tramas, que contra su honor se vrdian; y assi aguardando ocasion, le dieron la muerte. Esta nueva, chorreando sangre, se rugia à vozes sordas por la Corte, quando llegò Orestes, con que atormentado con el nuevo dolor, no quiso manifestarse; antes recatado, procurò saber la verdad. Hablò al amigo que le diò el aviso, y este le informò de todo, poniendole à sus ojos al padre difunto, y los indicios, y pruevas de alevosia, y de la infamia. Arrebatado Orestes de vna ira mortal, se dispuso à la vengança, sin que el maternal afecto le refrenasse el corage. Pareciòle seria ignominia ceñirse la Corona, sin limpiar aquella mancha. Trabajò con discursos el entendimiento, y aunque hartas dificultades le hazian punta, rompiendo por todas, se arrojò al peligro. Si por todo derecho (dezia el valiente joven) represento la persona de mi padre, y la sangre, aunque en dos almas, nos haze vno mismo; porque estando yo vivo, no he de vengar su afrenta como propria? y porquè su muerte la he de dexar sin castigo? Mi madre es la causadora de tanta desdicha, la que me traxo en su vientre, la que me abrigò à sus pechos; mas que puedo ganar con esta madre, si me mancha con afrentas? si me deidora con estas liviandades? Muera, pues, à manos de mi justicia, si es que ha de vivir mi fama.

Con resolucion notable quiso Orestes hazer por su mano la vengança, y no dar lugar à que en tela de juizio se publicassen semejantes afrentas. Estuvose, pues, oculto, sin permitir que nadie publicasse su llegada, y con llaves maestras rondava, y visitava de noche los quartos de Palacio, quiso curioso examinar por si mismo aquella verdad, que en caso en que và honra, y vida de vna madre, menester es que se mire con muchos ojos. Aunque la conciencia acusa, bien descuidada estava Clitennestra del riesgo que la buscava. Como ya el rumor de su poca honestidad, y de que avia muer-

to

to al marido, vistiendole vna camisa, no dexava de aver llegado à sus oidos, cercenò en las visitas de Egisto, con quien tenia el mal trato, sin atender à que era sobrino del mismo Agamenon (aunque estos vinculos de parentesco, suelen ser causa de muchos males) avia, pues, puesto treguas à su desordenado amor, en tanto que se apagaya aquella llama, y aquella mala voz, en que se ardia la Corte; mas no fue tanto el retiro, que à pocas noches dexasse de ir Egisto al quarto de la Reyna. Entendido Orestes dello, mediante sus pesquisas, vna noche, que supo que estava dentro, revestido de valor; se entrò hasta el lecho, donde los hallò bien descuidados, y sin darles lugar, que pudieran Egisto defenderse, ni Clitennestra huirse, los dexò rebolcados en su sangre, cosidos à puñaladas. Expectaculo espantoso! tragedia lamentable! caso horrendo! Fue tanto el dolor en que se embolviò la ira de vèr manchadas sus manos en la sangre de su madre, tanto el miedo de vèr cadaver frio, la que blasonò de hermosa, tanto el horror de vèr en congojas tristes agonizando dos vidas, que bolcado el juizio, començò à hazer estremos, y locuras. Acudieron à las vozes, quedandose atonitos los mas animosos, y todos los demàs casi difuntos. Sepultaron los cadaveres, porque no originasse su vista mas alboroto, y bolvieron las lastimas en favor del Principe, aclamandole justo vengador de las afrentas. Pero èl se hizo tanto à la melancolia, y diò tanta rienda al sentimiento, que quedò fuera de si, y en confirmada locura. Tanta fuerça como esta tiene vn dolor originado de causa grave. Mucho tiempo estuvo desta suerte, causando à todo el Reyno suma tristeza; pero buscandole Medicos famosos, à fuerça de medicinas le bolvieron en su acuerdo, y cobrò salud. Publicaronse fiestas à las alegrias, y para coronarla por Rey; mas èl pidiò à sus Grandes, que las suspendiessen, hasta traer à su esposa Hermione, bien ageno de que al lado de otro esposo llorava su desgracia. Los que sabian el caso, no querian dezirselo, temiendo otro melancolico accidente; y otra nueva furia: procuravan divertirle con otros casamientos, ofreciendole retratos de Infantas muy hermosas; mas èl se hallava tan pagado de Hermione, y tan casado con ella, que dezia no la olvidaria, ni la haria agravio por todas las hermosuras del mundo. Viendole resuelto à partirse por ella, dioronle vna carta, que la misma Hermione le avia escrito, porque supiesse de su boca la pena que le encubrian.

Abriò Orestes la carta de su esposa, y viò que en mal pulidas letras, y en mal escritos renglones, estos que los torciò la pena, y aquellas que las mojaron las lagrimas, le contavà su fracaso, la violencia de su padre, la resolucion de Pirro, su resistencia, su congoja, y sentimiento, pidiendole por remate, con ruegos encarecidos, con lastimas bien sentidas fuesse à sacarla de aquella tirania; pues èl solo era su esposo, y en cuya fee vivia. Doblò Orestes el papel, y quando los que le miravan pensaron, que hiziera desgarros, y locuras, quedaron assombrados de verle templado, y cuerdo. Dize acà vn proverbio Español: *que lo poco espanta, y lo mucho amansa.* Assi se viò en Orestes en este lance, pues quando la deshonra de su padre le hizo perder el juizio, oir aora su afrenta, le refrenò la ira, y aunque no fue poco lo que le sacò de si, fue mas sin comparacion quitarle à su muger, y casarla con tro. A ningun dolor permitieron las leyes la vengança, no dandose por entendidas, sino al de ver à vn marido que otro estè con su muger. En llegando aqui, cessen todos los dolores, callen los demàs agravios; pues aun brutos que carecen de razon, quando otros les salteau la consorte, braman de corage, y mueren de sentimiento. Como, pues, està Orestes tan sufrido? A mi pensar fue esto: como avia escapado de su dolencia, considerò prudente, que si se hazia à la pena, y dava rienda al enojo, podia recaer en el achaque, y quedavase ofendido, y no vengado; y assi ensanchando el pecho, y haziendo coraçon à la fortuna, dexò el sentir para mejor ocasion, y animose al presente à la vengança.

No quiso como su suegro Menelao hazer alardes en Grecia, ni convocar amigos, ni juntar exercito, para cobrar à su Hermione, antes à lo secreto, y de rebozo, tomando los criados que juzgò bastantes, caminò al Reyno de Epiro, donde ya Pirro, coronadas las sienes, vivia muy regalado, y contento. Llegò à la Corte, quiso curioso examinar primero la constancia de su esposo, y vèr si eran verdades las plegarias que escrivia. Con el oro, y con la industria, todo se facilita, y se vence. Travò amistad con vn Mayordomo de Palacio, fin-

fingiendo ser vn Cavallero, à quien algunas desgracias obligavan à valerse de Reynos estraños. El Mayordomo, obligado de sus muchas bizarrias, correspondia galante, y comedido. Entablada esta amistad, preguntòle Orestes à lo forastero, por el trato de Palacio, quienes eran los señores? si el Rey era moço? ò quien era la Reyna? si era hermosa? si se llevavan bien? si tenian hijos? y otras preguntas desta calidad. Satisfizole el Mayordomo à todo, y muy à medida de su gusto, quando le llegò à dezir, que la esposa de Pirro, hija de Menelao, y de Helena, vivia muy disgustada, à causa de tirarle todo el amor de su primo Orestes, ya Rey de Mizenas, con quien estava casada primero. De aqui le fue contado lo que sabia mejor quien le atendia. Mostròse agradecido, y añadiò, que gustaria mucho de vèr à Hermione, por si era tan hermosa, como se la avia pintado. No os dè pena (dixo el Mayordomo) que yo os pondrè en parte donde la veais à vuestro gusto las vezes que quisiereis, porque vn hermoso jardin es su estancia todo el dia, donde derrama lagrimas sin cuenta, sin permitir alivio à sus tristezas, por mas que Pirro la regala, y acaricia. No avrà cosa (dixo Orestes) de mas gusto para mi, que vèr llorar à esta Reyna. Vamos, pues (dixo el Mayordomo) y saldreis de cuidado.

Puesto en vna celosia viò Orestes à su cara esposa, al passo que hermosa, triste, diziendoles à vnas flores mil endechas, dando al ayre mil suspiros. Satisfecho ya de que le era leal, y merecedora de qualquier fineza, començò muy recatado à prevenir la vengança. Despachò à Mizenas que le embiassen gente dividida en tropas, sin orden militar, y como que los llevavan diversos disignios. Pertrechado desta suerte, y dada la reseña de acudir à su llamado, aguardò oportunidad, para lograr su intento. Supo que Pirro avia ido al Templo de Apolo à ofrecer sacrificios. Tuvo mano con vn Sacerdote, llamado Machareo, que le dexò entrar dentro, y desnudando el azero, embistiòle à cuchilladas. Pirro se abraçò al Altar, pensando tener asylo; pero Orestes, sin respetar lo sagrado, le quitò alli la vida, siendo juyzio del Cielo, que no valiesse el Altar, à quien en Troya lo avia profanado, ni que gozasse de sus inmunidades, quien las quebrantò atrevido. Ya con el aviso se hallò Orestes rodeado de los suyos,

yos, que quitados los rebozos, començaron con estruendo, y grita à dezir. Viva el Rey Orestes, legitimo marido de Hermione, y muera quien dixere lo contrario. Viva, viva (repetian el comun) y los afectos de Pirro se quedaron mudos, sin que se moviesse nadie à la defensa. Tomò Orestes à su esposa, que en lagrimas de placer, encadenada en sus braços, le rindiò mil gratitudes; y coronada la Reyna de Mizenas, se la llevò à su Corte, donde Reynò con ella largos años, lleno de felicidades, de riquezas, y de hijos, que le sucedieron en sus Reynos.

EXEMPLO SEGUNDO.

BIen podrà hazer compañia à la Infanta Michol en los Palacios, donde està llorosa de verse al lado de otro marido, y ausente del propio dueño, la Reyna de Mauritania, y de Numidia, tan infeliz, como hermosa, la Africana Sophonisba, que à fuerça de su beldad, fue el hechizo de dos Reyes. Y bien podrà tambien aliviar los despechos de David en el Carmelo vn Rey preso, y afligido, privado de su muger, y acariciada de otro. Siphaz Rey de Mauritania, se hallava en tan gran potencia, que las dos Señorias mas poderosas del Orbe, que fueron Roma, y Cartago, le solicitavan en competencia por amigo; y para el efecto, viò en su casa, y su mesa à Scipion, y à Asdubral, famosos Capitanes. Ladeòse à lo de Roma, y diòse por su amigo, con cuya ayuda començò Scipion à apercebir la jornada para Africa. Temerosos los Cartaginenses, buscaron trazas, y modos para apartar à Siphaz de los Romanos, y no hallaron otra mas poderosa, que brindarle Asdrubal con su hija Sophonisba, cuya beldad, y hermosura, arrastrava los afectos. Tenianselà ofrecida à Masinissa, Rey de Numidia; pero considerando, que estotro partido les estava mejor, dieronsela por muger à Siphaz, quedando el barbaro tan enamorado della, que se diò por amigo perpetuo de Cartago, rompiendo la fee, y palabra ofrecida à Scipion; que tanto como esto vence la fuerça de vna hermosura. No se contentò Asdrubal con estos ofrecimientos, y promessas, sino que quiso mañoso, despidies-

Autores q̃ tratan esta historia Valer. Maxim lib. 6. c. 11. Zonor. tomo 2. Annal. Apian. in libico libio, lib. 8. Dec. 5. Plin. in Scipion. Pineda 1. p. lib. 8. c. 17.

diesse à los Romanos por escrito. Consiguiòlo facilmente, con ponerle Sophonisba la pluma en la mano, à cuyo ruego le escriviò à Scipion que èl era Cartaginès, à fuer de honrado marido, y que en bien, y en mal la patria de su muger era la suya, que no contasse con èl, ni fiasse en su amistad.

No desmayò Scipion con esta mudança, aunque la sintiò para si; antes ensanchando el pecho, diò prisa en Sicilia, donde le cogiò la nueva à juntar todas sus gentes, y embarcarlas en quarenta galeras, y quatrocientos navìos, y haziendose à la vela, desembarcò con mucha brevedad en el promontorio hermoso. Cartago, y todas sus Ciudades circunvezinas, se pusieron en arma, cerraron sus puertas, y pusieron centinelas que velassen por los muros. Por parte del Senado se hizo suplica à Siphaz, que à fuer de tan gran señor, y amigo, y vezino suyo, tomasse el baston, y saliesse à la defensa. Pusieronle por delante, que si ellos quedavan vencidos, correrian tambien riesgo sus Reynos, pues el vencedor vfano con las vitorias, passaria à molestarlos. Correspondiò Siphaz con mucha galanteria, juntandosele à los ruegos de los Cartagineses las suplicas de su esposa, que muy amartelada por su patria, con lagrimas, y caricias, le rogava la amparasse. Saliò à la campaña al punto, y juntòse con Asdrubal su suegro, llevandole de socorro diez mil cavallos, y cinquenta mil infantes, harto exercito para dar miedo al Romano. Seis mil combatientes tenia Asdrubal de infantes, y cavallos, todos los buenos guerreros. Assentaron sus Reales enfrente del enemigo, junto à la Ciudad de Vtica, que la estava combatiendo.

Algun cuidado diò à Scipion, de vèr à sus contrarios tan poderosos de gente, y assi quiso ayudarse de la industria, para romper con ellos. Por medio de Embaxadores, començò à comunicarse con Siphaz, pidiendole, que tornase à su amistad antigua, y que bolviesse las armas en favor de los Romanos. Vfanavase el barbaro con estas sumissiones, no sabiendo la cautela que iba rebozada en ellas (que era querer Scipion adquirir, y saber el modo, y traza de los aloxamientos, y las tiendas, sus entradas, y salidas) y assi le despedia cortesmente, y era por lo que le tirava Sophonisba, que cada dia le hazia propios, que se acordasse della, y de su patria,

tria, y no faltasse à su padre. Todo vn invierno gastò Scipion en esta entretenida, hasta que bien informado de lo que avia menester, hizo vna tarde reseña, de assaltar à Vtica. Dispusolo con tan buena maña, que Siphaz, y Asdrubal se lo creyeron; y assi, aquella noche no se entregaron al sueño descuidados. Scipion, aviendo tevelado à los suyos su disignio, allà en los mudos silencios, les hizo que bolviessen à chocar con los Reales, pegando fuego por diversas partes à las tiendas, y quarteles de los dos campos contrarios. Atonitos se levantavan los soldados, y desnudos, y sin armas querian apagar el fuego, pensando era casual. Davan los Romanos en ellos, y quitavanles las vidas muy à su salvo, haziendo tal carniceria, y estrago tan sangriento, que mas de cinquenta mil hizieron horrenda tumba la campaña, quedando ocho mil cautivos. Los que escaparon huyendo, fueron pocos. Siphaz, y Asdrubal, à vña de cavallo salieron del peligro, con la confusion, con la pena, y tristeza que puede considerarse, Asdrubal se fue à Cartago à referir la tragedia, y Siphaz se fue à su Corte à llorar sus cuytas.

La hermosa Sophonisba, viendole ir de aquel modo derrotado, y triste, y considerando, que el bolver por su Ciudad, y favorecer sus cosas eran la causa, se valiò de sus alhagos para aver de quitarle los enojos. Como èl la amava tanto, y ella se hazia tanto de querer à vista de lo amado, se olvidò el pesar de lo perdido. Embiaronle los Cartaginenses el pesame del desastre, rogandole nuevamente, que no desmayasse en darles favor, y ayuda; pues les importava à todos recuperar la perdida passada. Acudiò Sophonisba con lagrimas, y suspiros, y èl enternecido, ofreciola echar el resto de su poder en defensa de Cartago. Hizo alistar nuevas gentes por toda la Mauritania, juntando vn exercito de 50ꝟ. soldados, y fue à buscar al Rey Masinissa, que apoderado de su Reyno de Numidia andava triunfante, recibiendo parabienes. Saliole al encuentro, y dieronse la batalla de poder à poder. Y en el mayor ardimiento cayò Siphaz del cavallo, y antes de ser socorrido le prendieron Lelio, Capitan Romano, y Masinissa, quedando mas vfanos, y gozosos con su prision, que con todo el interès que les diò vitoria, porque en soplando en el rostro la fortuna, se añaden triunfos à triunfos.

Al mirar preso à su Rey, desmayò todo el campo, y desbaratados, y confusos buscaron por donde huir. Quedò Masinissa loco de contento, viendo prisionero suyo al gran Rey de de Mauritania, que le avia tenido vsurpado su Reyno: si bien esto le avia de compungir, viendo la facilidad con que se truecan las dichas, quedando en vn punto esclavo, quien se vsanava señor. Quiso Masinissa gozar la ocasion que le ofrecia su fortuna, y assi pidiendole à Lelio la cavalleria, se fue apoderando de los Reynos de Siphaz. Llegò à Cirta, que era la cabeça, y como los demàs Pueblos le rindieron las armas, porque sin Rey, y sin gente, desmaya la mayor fuerça. Fuesse Masinissa al Palacio Real, donde la desdichada Reyna Sophonisba, cubierta de luto, y llanto, lamentava su desgracia, y sentia su dolor. Saliò à recebirle, ostentando magestad entre los desaliños de llorosa, y ofreciendo tendimientos entre las altivezes de bizarra, y postrada à sus pies, le dixo desta suerte.

Si aquel amor, señor, que me teniais, quando fui vuestra esposa, y imperios, y violencias de mi padre me dieron otro dueño arde todavia en vuestro coraçon, si la grandeza de la Magestad os inclina à lo benigno, antes que à lo rigurosò; si el ser quien sois os mueve à la clemencia; si vna Reyna à vuestros pies os enternece, no permitais afrentas en mi persona, ni me expongais al triunfo del Romano; pues basta verme cautiva, sin que à sus carros atada, sea blanco de miserias. Esto os suplico por los Cielos soberanos; pero si acaso merezco yo tan poco, que ni mis ruegos convencen, ni mis lagrimas ablandan, desembaynad el azero, y à heridas crueles, quitadme aqui la vida, pues tendrè à mejor suerte verme muerta à vuestros pies, que no en Carro Triunfal, hecha esclava del tirano.

Quedò el barbaro Africano tan enamorado, y compassivo de ver à Sophonisba arrodillada à sus plantas, y que al passo que llorosa, ostentava mas belleza; que aclamandose nuevamente esposo suyo, la echò al cuello los braços, y con cortesses lisonjas la ofreciò muchos favores: dixola, que como marido suyo, podria defenderla de que no passasse vltrages su hermosura; pues seria forçoso estarle Scipion atento, y que pues èl avia sido quien antes que Siphaz la mereciò por esposa, no seria mal contado recibirla por muger, quando à fuerça de armas la tenia por tan suyo. No pudo la afligida Reyna rechazar este partido, viendo el riesgo de la afrenta amenazada; y assi, ya fuesse con gusto, ya por cumplimiento diò la mano à Masinissa, y èl con su mismo laurel la coronò por Reyna: Que nuevas tan dolorosas para el cuitado Siphaz, puesto en prisiones! Què dolor tan sin piedad, para vn amante! Què muerte para vn marido! Perder los Reynos, las riquezas, los regalos, los vassallos, los amigos, pesares son muy sensibles; perder la libertad, verse en cadena, es dolor mucho; perder hijos, y muger, es pena grande; mas juntarse todo esto, y ver à la muger al lado de otro esposo, solo vn pecho barbaro, como el de Siphaz, lo pudo tolerar sin caerse muerto. Y què? Estarà Sophonisba consolada con las nuevas bodas? Se avrà enjuto ya el llanto con el nuevo esposo? Se avrà acabado la pena con el placer presente? Presto lo veremos.

En tanto que passavan estas cosas en la Ciudad de Cirta, avia visitado Scipion à Siphaz su prisionero, que es de pechos generosos consolar al enemigo, quando en sus carceles gime. Assi lo hizo nuestro Emperador famoso, el Gran Carlos V. quando teniendo en Madrid preso al Rey Francisco de Francia, fue à visitarle à la torre, consolandole las penas con favores, y caricias. Assi, pues, Scipion visitò à Siphaz, alentandole à sufrir aquel rebes de fortuna, y entre la conversacion le hizo mucho cargo de averse apartado de su amistad, y no aver querido bolver à ella, aviendosela ofrecido; à que satisfizo el barbaro, que si conociera lo atractivo, y amoroso de su muger Sophonisba, y la fuerça del amor con vn marido, no le culpara; porque coraçones de piedra ablandavan sus lagrimas, y à pechos de bronce enternecian sus alagos, y que dudava, que huviera hombre en el mundo, que casado con Sophonisba, no se rindiesse à su imperio, siguiendo en todo, y por todo el rumbo de su disignio, y que assi èl arrastrado de su amor, y de su dulce hechizo, se avia hecho à la parte de Cartago, por ser gusto de su esposa, favorecer à sus naturales, padres, y parientes.

Esta satisfacion estava dando Siphaz à Scipion, quando llegò la nueva, que el Rey Masinissa se avia casado con Sophonisba, de que quedò Siphaz con la mancilla que puede ponde-

derarse, y Scipion tan descontento, y apesadumbrado, que despachò al punto à Lelio, para que traxesse à Sophonisba à su poder, y le requiriesse à Masinissa, que dexasse el tratado casamiento. No hazia esto Scipion de virtud, ni por amor de Siphaz, sino temeroso por el informe que le avia oido, de que Sophonisba casando con Masinissa, le avia de bolver à la parte de los Cartaginenses, y hazerle enemigo del Pueblo Romano. Llegò, pues, Lelio con esta orden, y antes de llegar al talamo, arrebatò à Sophonisba del lado del nuevo esposo, siendo entre los dos comun el sentimiento, comunes las lagrimas, comunes las congojas. Sentia Sophonisba à par de muerte verse en poder de el Romano, enemigos de su patria, de su nacion, de sus padres, y de sus dos maridos. Llorava Masinissa verse despojado de su esposa, y privado de su hermosura antes de gozarla. Hizose todo à la furia, rompiò sus vestidos, arrojò el baston, y despedazò el laurel, Pero ni bastaron lagrimas, ni aprovecharon ruegos, ni sirvieron ademanes, para que Scipion desistiesse de su intento; con que despechado Masinissa, se echò à sus pies, y le dixo: Que ya que gustava, que dexasse à Sophonisba, y se apartase della, le otorgasse por favor, poder embiarla vn vaso de veneno, que la mataße, porque no triunfara nadie de la que era esposa suya.

Aunque no fue gusto de Scipion, que mataran à Sophonisba, avia cobrado tanto miedo, de que con su hermosura, à qualquier marido le harla Cartaginès, que eligiò por mejor medio verla muerta, que no verla casada con ninguno de aquellos Reyes; y assi otorgò à Masinissa, que en quanto à darle muerte, hiziesse su voluntad. Dispuso, pues, el veneno, y embiosele en vn vaso, con vn papel, que dezia.

***

CAR-

CARTA DE MASINISSA A SOPHONISBA.

DOS Gosas, esposa mia, me acuerdo que te ofrecì, al darte mano de esposo el dia que entrè triunfante en tu Palacio, fue la primera, de guardarte la fè debida al Matrimonio, siendote siempre marido fiel, y compañero leal. Esto no puedo cumplirlo, ò no me dexan mis hados infelizes, con cuyo dolor vivirè eternamente lastimado. Lo segundo, te prometì, que no te entregaria viva à los Romanos, ni haria despojo suyo à vna muger de tus prendas. Cumplo con esto, embiandote esse vaso de ponçoña, para poder salvarte. Sabe el Cielo, si à costa de mi vida te escusara este dolor, mas no hallo otro remedio, para escusarte vna afrenta. Animate, pues, y mira à cuya hija eres, y que has sido esposa de dos Reyes Africanos, para no temer la muerte. Pueda mas tu valor triunfando en el ataud, que no el desaliento, llevandote à la ignominia. Llorete bizarra el lecho, y no despreciada el triunfo.

Repare atento el curioso, qual se hallaria con recado semejante esta desdichada Reyna, la muerte à la vista, en las manos la ponçoña, el cuchillo à la garganta. Hizo rostro à la fortuna, ensanchò el pecho, tomò animosa el vaso, y con bizarro ademan respondiò à quien le traìa: que supuesto que el lance, en que la tenia puesta su fortuna, no podia el marido dar à su muger mejor dadiva que aquella, ni interès de mas estima, ella le recibia como tal, por mas que se lo riñesse lo dulce del vivir; si bien se hallava pesarosa de su infeliz casamiento; pues antes que llegasse al talamo, era el primer abraço el de la muerte. Diziendo estas palabras, bebiò el veneno con animo varonil, con que a poco rato cayò palida azuçena, la que se ostentava rosa. Assi acabò la hermosura de Cartago, la Reyna de Mauritania, y de Numidia, el idolo de dos Reyes, ambos maridos à vn tiempo, vivos los dos, los dos muy enamorados, y sin poder ninguno socorrerla. Siphaz de alli à poco caminando preso à Rosa, muriò de apesadumbrado, y pudo tenerlo à dicha; pues lo vno, parece cumpliò con su obligacion, y lo otro, se vino à ahorrar otra afrenta. No se desconsuelen David, y Michol, por mas que se miren metidos en el riesgo, supuesto que ella sabe tener à raya al ma-

marido intruso, y èl tiene otras dos mugeres que le consuelan, y alivian. O si no, buelta à este exemplo, y veràn si Sophonisba, y Siphaz enseñan con menos dicha à sufrir estas desgracias.

EXEMPLO TERCERO.

Autores desta histo. Macabeorum lib. 1. c.10. y 11. y alli Lyra en la Glossa, Iosepho lib.13. Antiquc.7. y 8. Iustino. l.34. Apinno, in Sirio, Pineda, 1.p.lib. 9.cap.8.

POrque no parezca, que fue solo Saul el que con vna hija quiso muchos yernos, salganos al passo el Rey Ptolomeo de Egipto, àquien llamaron Philometor, en tiempo de los famosos Macabeos. Aviase alçado con la Monarquia de Syria Alexandro, à quien el Sagrado Texto llama el noble, que aunque de humildes principios, supo ceñirse el laurel à fuerça de sus hazañas; fue este el caso. Revelaronse los de Antiochia, Corte, y cabeça de aquel dilatado Reyno, contra su Rey Demetrio, por verle ambicioso, y cruel; y para conseguir sus designios, y honestar su rebelion, impusieron à vn mancebo de linage humano; pero dotado de gracias, llamado Prompalo, que se fingiesse ser Rey, vendiendose por hijo de Antioco Epifanes, y tomando nombre de Alexandro, para mas autorizarse. El fingiò tambien la Magestad, que le pareciò nacida; pues con animo bizarro, y con gentil despejo, demandò la Corona. Embiando à requerir à Demetrio le dexasse libres los Reynos de su padre, ò que se apercibiesse à la defensa. Desde la Ciudad de Ptolemayda le començò à hazer guerra, socorrido de los Reynos de Egipto, Assia, y Capadocia; y teniendo noticias del valiente Macabeo Jonatàs, Capitan de los Hebreos, y enemigo de Demetrio, quiso atraerle à su gracia à fuerça de favores, y mercedes. Escriviole vna carta con mucho cariño, y ofreciole el Pontificado de Judea, que avia estado vacante mucho tiempo; embiandole vna ropa de purpura, y vna Corona de oro. Admitiò Jonatàs la amistad de Alexandro, sin dar oidos à los ofrecimientos grandes de Demetrio; que visto lo que passava, quiso en oposicion, à fuerça de mas ofertas, tenerle de su parte; pero Jonatàs anduvo prudente, que ofertas de enemigo, quando la necessidad le obliga, son siempre sospechosos. En fin Alexandro se diò tan buena maña à ganar enemigos, y à juntar soldados, que à la primera batalla derrotò à Demetrio, el qual cayendo de su cavallo en vn cenagal, quedò muerto à mil heridas, y Alexandro triunfante, quedò competidor con la Corona.

Viendose, pues, Alexandro en tan prospera fortuna, tratò de tomar estado, por tener quien le heredasse. Supo que Ptolomeo, Rey de Egipto, tenia vna hija, llamada Cleopatra, ya casadera, y juzgando no podia hallar mejor casamiento, demandola por muger. Tuvolo à mucha dicha el Rey Gitano; porque esto de adquirir por hijo à quien lleva en popa la fortuna, aunque la sangre desmienta, cautiva los afectos, y mas à los codiciosos. No solo aceptò el partido, sino que en dote le ofreciò vn tesoro, y llevarsela èl proprio à la Ciudad de Ptolemayda, donde dixo que se viessen para celebrar las bodas. Embiole assi mismo muchos parabienes del adquirido Reyno de su padre Antioco, por mas que èl sabia, que era hijo de otro padre. Alexandro alborozado, dispuso con toda prisa su jornada à Ptolemayda, previniendo en ella muchas fiestas; y porque fuessen cumplidas, combidò à Jonatàs, para que fuesse à honrarle. Con gran pompa, y aparato se hizo la entrada de la Reyna, que acompañada del Rey su padre, y de los Grandes de Egipto, todos bien aderezados, causò admiracion à los que no menos prevenidos salieron con Alexandro, y Jonatàs à recibirla. Jonatàs anduvo muy galante con los Reyes, ofreciendoles joyas muy ricas, y mucha cantidad de plata, y oro, con que los tuvo como comprados à su voluntad, que siempre ha sido el interès el mejor negociador.

Celebraronse las bodas con la mayor magestad que se viò en aquel siglo, muy pagado el Rey de su Cleopatra, y ella muy aficionada à su marido. Y porque no faltasse vn azar en el mayor contento, llegò como à interrumpir los regozijos vna gavilla de Judios, que emulos de Jonatàs, porque castigava sus maldades, le fueron à acusar ante Alexandro; porque no se admire nadie, de que al mas inocente haga la embidia sus tiros; pues siendo Jonatàs Principe tan excelente, restaurador de su Pueblo, Norte que los regia, Sol que los alumbrava, no faltaron embidiosos que le achacassen delitos; pero anduvo Alexandro bizarrissimo, pues sin dar credito à chismes, mandò à Jonatàs se desnudasse los atavios de Duque, y vistiendole de purpura, le sentò à su lado como à Rey, y dandole renombre de su mayor amigo. Enmudecieron

ron los emulos à vista destas honras, y el Rey los despachò corridos, y avergonçados. Modo que avian de tomar los que tigen, y goviernan, para castigar malfines.

En paz tranquila, en deliciosa bonança gozava el Rey Alexandro con su querida Cleopatra gustos, y felicidades de Himineo, siendo el eslabon de las voluntades vn hijo hermoso, que les naciò à poco tiempo; al qual, como à su abuelo, llamaron Antioco: mas como entre los humanos no ay cosa estable, y à vn bayben de la fortuna se aguan los mayores gustos; y en medio desta bonança, se levantò vn remolino de inquietudes. Fue el caso, que el Rey Demetrio, à quien como queda dicho, quitò Alexandro la vida, y la Corona, tuvo dos hijos, que en confiança de vn su amigo se criavan en Creta. El mayor, pues, dellos, llamado tambien Demetrio, con nombre de Nicanor, que quiere dezir, vitorioso, quando ya se viò joven, y supo ser de la sangre Real de Seleuco, y que el Reyno de Syria le tocava por derecho, començò à hazer gente en Creta, y à demandar el Reyno de su padre. Entrose por Cilicia, rindiendo, y avassallando las Ciudades, y Pueblos que encontrava. Hallavase Alexandro en Phinicia, quando le llegaron estas nuevas, y mostrò tanto pesar, que se le saliò al rostro la turbacion: hizose à la tristeza, y al cuydado, que como sabia que era falso el titulo con que posseia, y que era Demetrio el sucessor legitimo, la misma conciencia le guerreava el pecho, y esta es la mayor guerra en los que saben sentir. Antes, pues, que el competidor se le entrasse mas adentro, se partiò para Antiochia, temiendo que los mismos Ciudadanos, que le hizieron Rey, y se le revelassen: que esto de no parecer, y aver competidor con mas derecho, suele hazer prevaricar à los mas fieles.

Sabiendo el Rey Ptolomeo la tempestad de guerra que amenazava à Alexandro su yerno, juntò vna gruessa armada por mar, y por tierra vn grande exercito, sembrando voz que era para socorrerle; pero segun lo que sucediò, llevava otra siniestra intencion, que era apoderarse con buena traza del Reyno de Syria, y acomodarse con lo mas valido; industria de hombres doblados, y malos correspondientes. Como Alexandro ignorava aquella zalagarda, se mostrò muy grato al suegro, y muy gozoso despachò orden à todas las Ciudades, que le recibiessen muy bien, como à Rey poderoso, que iba à socorrerlos. Y juzgando Alexandro, que bastava Ptolomeo con sus gentes à defender à Syria de Demetrio, quiso èl dar buelta à Cilicia, à sossegar algunos alborotos, y motines. Despidiose de Cleopatra con muchas ternezas: presagio quizà del mal que le amenazava. Ptolomeo iba poniendo guarniciones de los suyos en todas las Ciudades donde estava, pensavan los ciudadanos era para su defensa, y no era, sino para aclamarse Rey dellos quando se le antojasse. Llegò desta manera hasta Antiochia, Corte de aquel Reyno, donde su hija la Reyna Cleopatra, le recibiò como à padre, dandole muchas gracias, por las mercedes que hazia à Alexandro en socorrerle. El dissimulò el veneno, hizose muy dueño de la Casa Real, alojò sus compañias, y quando le pareciò coyuntura de executar su intencion, començò à buscar achaques con que darse por sentido, que aunque digan algunos, que Alexandro intentò matarle, lo mas cierto es lo que dize la Escritura; que por ladearse à lo mas bien parado, acumulava delitos, à quien estava inocente. Colegese assi del Texto, que fue ambicion suya, y no culpa de Alexandro. Avia quedado Amonio por governador del Reyno, junto con la Reyna. Començò, pues, Ptolomeo à desabrirse con èl, llegando las quemazones à tal punto, que fingiò que Amonio queria matarle. Escrivioselo à su yerno; y Alexandro, que quizà se avia informado de la verdad, no hizo caso de las quexas. Sintiose mas Ptolomeo, y quitandose la mascara, començò à publicar, que su yerno convenia en la traicion de Amonio. Diò con esto aviso à todos sus Capitanes, y todos à vn tiempo se apoderaron de Syria, y èl se coronò por Rey, sin que bastasse Amonio à resistirlo, pues hizo harto de escapar con la vida, para irse à Alexandro con las nuevas.

Quan turbada, y quan confusa se hallaria Cleopatra de ver que su mismo padre le quitava la Corona à su marido, no ay que ponderarlo, quando la misma accion parece que lo llora. Y aun si el mal parara en esto, pudiera tolerarse; pero Ptolomeo, caminava à mayor rumbo, que era tener por yerno al Rey mas fixo. Despachò sus Embaxadores à Demetrio, brindandole con su amistad, con Reyno, y con su hija

ja, la misma Reyna Cleopatra, muger de Alexandro. A tales ofertas no tuvo que responder Demetrio, sino irse à toda prisa à gozar de la ocasion, que en avenidas de bienes, tal vez suele despintarse. Cleopatra, arrastrando luto, fue à pedir con lagrimas à su padre, le dexasse à su marido el Reyno, pues teniendo ya vn hijo della lo heredava: Acariciola Ptolomeo con dezirla, que se alegrasse, que ya aquella noche veria à su marido. En esto entrò Demetrio con vn acompañamiento de Capitanes, ricamente aderezados. Preguntò la buena señora, que como era possible, que entre sus enemigos le viniesse su Alexandro? Y entonces la respondiò Ptolomeo, que diesse mano de esposa à Demetrio, que era el verdadero Rey, y que assi le afirmava la Corona; porque Alexandro avia sido intruso, y de muy baxos principios, que aquello la importava; y que aquel era su gusto, que obedeciesse, y callasse.

Miren los que sienten bien, y atiendan las que estàn con sus maridos bien halladas, si les sucediera este lance con tanto rigor, tan aprisa, tan sin dar tiempo para determinar, como se hallaran? ò que hizieran? Vn padre resuelto, y como Rey mandò, el marido ausente, y presente el nuevo esposo, sola vna muger, que pudiera hazer, sino, ò ahogarse con la pena, ò obedecer al rigor? Ay penas à vezes, que son mas crueles, que las que acaban la vida, y son las deste jaez; pues claro està que en estas violencias en quien es persona noble, fuera menos mal morir, que vivir à garrotes del dolor. Assi en Cleopatra fue mayor muerte vivir al lado de otro marido. Casose en fin, ò casaronla, dirè mejor, con Demetrio, à quien los Antiochenses tributaron parabienes, y recibieron por Rey, sin atender, que ellos mismos le quitaron à su padre la Corona, para darsela à Alexandro; pero quien son ya leales, ni miran en atenciones con el que vèn caido: irse tras el que priva fue siempre lo ordinario.

Desapiadadas quanto tristes, llegaron estas nuevas à Cilicia, siendo Amonio el portador, y por mas que quiso Alexandro dissimular la pena, por no desalentar à sus soldados, no pudo abstener las quexas, ni refrenar los suspiros; que no es bronce vn coraçon, que ya que à golpes mortales se deva

va las lagrimas, dexe por lo menos de desahogarse en sollozos. El mal trato de su suegro, el rebelion de los suyos, el verse despojado de sus Reynos, y riquezas, aun creo lo tolera, armandole de sufrido; mas quitarle à la muger, y darsela à su contrario, es sentimiento del alma, que no puede sufrirse. Juntando, pues, sus gentes, partiò de Cilicia, bomitando pesadumbres, y fulminando venganças. Llegò hasta Antiochia, abrasando, y destruyendo; que como por vna parte le picavan zelos, y por otra agravios, y ingratitudes, à fuego, y sangre lo llevava todo. Salieron à resistirle Demetrio, y Ptolomeo, y como mas pertrechados, le derrotaron, y vencieron en campal batalla; si bien Ptolomeo saliò tan mal herido, que à tres dias rindiò el vital aliento en manos de la muerte. Secretos juizios de Dios, que no quedasse con vida, quien fue causa que la perdiera su yerno, por quitarle la muger.

El infeliz Alexandro escapò huyendo de la batalla, por no dar mas vengança à sus enemigos. Fuesse à la Provincia de Arabia, y pensando tener sagrado en Zabdiel, Rey de aquella tierra, hallò cuchillo; porque juzgando el barbaro, que le estaria mas à cuento agradar à Ptolomeo, que no amparar al caido, le hizo matar à traycion, y cortada la cabeça, la presentò à Ptolomeo, codicioso de las gracias. Bien confuso estava el Palacio, quando llegò al presente, pues como he dicho, escapò Ptolomeo de la batalla, tan herido, que ya en mortales congojas construia à la vida el vltimo periodo; pero diò muestras de placer aun en aquel lance, viendo à su enemigo muerto. No se alegraria assi la desdichada Cleopatra, viendo à su primer amor, y marido verdadero en tan fatal desdicha. Las lagrimas por la muerte de su padre se vertieron à dos fines: lo aparente dellas iria por Ptolomeo, para cumplir con Demetrio, pero el dolor, y mancilla se ofreceria à Alexandro. No se lamente David à vista desta tragedia, que si le han quitado à la muger, ya en fin le queda la vida, para poder cobrarla. Alivíese el menos mal à vista de la mayor cuita.

(§(?)(§)

EXEM-

EXEMPLO QUARTO.

Autores desta historia. Cornelio Tacito lib. 1. Sueton. in Claudium. Pineda 2. p. lib. 11. c. 3.

DEmos vn passo adelante por las lineas de los siglos, por si hallamos mas exemplos con que aliviar à los poco afortunados, à aquellos à quien la violencia rompiò el nudo dulce de su Matrimonio. Vamos à otra Monarquia, porque se vea, que en todas ha avido de estas desgracias. Del Emperador Claudio, y de su muger Messalina, està poco atenta à sus obligaciones, aquel descuidado en todo, ella desembuelta, èl bien sufrido, vno necio, otra lasciva; destos, pues, naciò Octavia, con tan diferentes inclinaciones, que honestidad, y hermosura, virtud, y discrecion, resplandecieron en ella por iguales grados: excelencia singular, tomar de la madre la belleza, y no seguir su lascivia; imitarla en los asseos, y huir de sus liviandades. Mucho se hizo querer Octavia de sus padres, à fuerça de sus gracias, y virtudes; y quizà porque no se malograsse, trataron de darla esposo, reparo digno de considerar, pues hartas honestidades, y bellezas se malogran, y se pierden, por no darlas maridos à su tiempo. Casaron, pues, à Octavia con Silano, Cavallero muy ilustre, Senador de Roma, y con dignidad de Pretor; y apenas en los laços de Himineo se encadenaron las almas, y en saraos, y festines se celebraron las bodas, quando parece que las sirvieron de aguero infeliz los tragicos sucessos de su madre. Llegò à tanto la desembolturа de la Emperatriz, à fuerça de los descuidos de vn marido tonto, que viendo ausente de Roma al Emperador, se casò publicamente con Silio, vno, y el mas querido de los muchos amigos que tenia. Llorò la Ciudad la afrenta, pasmose el mundo del caso, por ser la cosa mas rara que se ha visto en el mundo. Hizieron sabidor al Emperador de su infamia, y à estruendos del sentimiento, parece que le despertaron de su ceguera, indignandole à que castigasse à los adulteros. Messalina, que à fuerça de su hermosura, y alhagos cariñosos, sabia desenojarle, procurò ir à su presencia. No se lo consintieron los que avian tomado à pechos el agravio. Embiò entonces à sus hijos Octavia, y Britanico, que como pedazos del coraçon, y espejos en que Claudio se mirava, afiançava en ellos el perdon. Negaronles tambien la au-

audiencia con dolor, y lastima de Octavia, que à fuerça de su bondad, amava à su padre, y sentia su desgracia. En fin, à Silio, y à los complices, cortaron las cabeças, y à la triste Messalina en los huertos Lucilianos hizieron lo mismo, dexando tronco sin alma, la que à tantas arrastrò; cadaver frio, quien hizo abrasarse à tantos; palido aleli, la que blasonò de rosa.

Estas publicas afrentas, y ruidosos castigos, se siguieron à los desposorios de la hermosa Octavia, porque lutos, y tristezas fuessen anuncios de otras futuras desgracias. Aun se estava, como dizen, caliente el cadaver de la triste Messalina, quando trataron los validos de darle muger al Emperador. Tres señoras, todas grandes, eran las opositoras; pero Agripina, sobrina del mismo Claudio, por parienta, por mañosa, se supo hazer con èl tanto lugar, que se aclamò Emperatriz, y aunque causò escandalo semejante casamiento, por no averse vsado en Roma casar vna sobrina con tio, hermano de su padre, aprobolo el Senado, y diose por bien hecho. Tenia Agripina de su primer Matrimonio à Neron, el que por antonomasia se alçò con el titulo de cruel; y juzgando esta señora, que casandole con Octavia, le ponia à las vistas del Imperio, buscò medios para efectuarlo. Valiose de maldicientes, que acusassen à Silano muchas faltas, con que atizando ella el fuego, movieron al Emperador à quitarle los derechos de marido. Repudiaronle en fin, ò descasaronle, diremos mejor, de con la hermosa Octavia, y para colorir el agravio con sombra de delito, privaronle tambien de la dignidad Pretoriana que gozava. Golpe grande de dolor seria à los consortes ver deshecho el nudo que los enlaçava tiernos; si bien en las voluntades, siempre se estava hecho el nudo; cada vno en su Retrete llorava su desgracia, cada vno se hazia al sentimiento, cada vno pedia al Cielo justicia; pero tolerarse el repudio, sufrierase el divorcio, à no seguirse zelos rabiosos, embueltos en agravios. Tratò al punto la Emperatriz Astura, que los dos alnados, Meron su hijo, y Octavia, harian buen Matrimonio. El Emperador, que à menos alhagos, que à los de Agripina, obedecia tierno, convino luego al punto en la propuesta, y mandò, que Octavia admitiesse à Neron por su marido, porque no piense nuestra Infan-

Infanta Michol, que ha sido sola la que à violencias de vn padre, estando vivo su esposo, ha inclinado la cerviz à voluntad agena: que los mandatos Reales, en los que professan obediencia, por mas que al parecer vayan violentos, son exequibles, por el respeto, ya que no por voluntad.

Octavia era vna paloma, y aunque entendida, y discreta, tiravale el freno de su mansedumbre las riendas, que pudieran darla sus enojos. No era varonil como Michol, que à desgarros de despechos, sentia sus agravios: sino que con apacibilidad llorava sentimientos. Pero su esposo, y marido Silano, aunque al repudio se avia mostrado sufrido, aunque al verse privar de sus titulos honrosos avia andado cuerdo, quando llegò yà à ver al lado de otro marido, à la que era su muger, echa ropa agena, la que era propia ropa, pegado vn sobrehuesso, à la que era carne suya, sin esperar vèr mas, se fue à su casa furioso, soltò la rienda al pesar, engolfose en los despechos, quitò la presa à las iras, y dixo ardiendo en sus furias: Octavia con otro esposo, y Silano vivo, no sè si lo crea! Octavia con otro marido, y yo lo sufro, no sè si lo sueño! Octavia en lecho ageno, y yo lo callo, no sè como lo pronuncio! no sè lo que digo! No es agravio este para que lo oculte el mayor sufrimiento. Vna afrenta tan ruidosa, fuerça es que este patente à vezinos, y estraños; luego aunque yo quisiera hazerme al disimulo, me dixeran en mi cara lo que avia? Luego aunque yo quisiera hazerme ciego, la misma publicidad me abriera los ojos? No admite esto duda. Luego si Neron con publicas fiestas se casa con mi Octavia, ya està mi infamia patente? ya todos me miran avergonçados? ya los nobles no me miran de corridos? ya la plebe me señala con el dedo? Pues como saldrà Silano à experimentar afrentas? què dirà Roma de mi, si no hago demostracion de la sangre Patricia, que hierve en mis venas? Què dirà el mundo, si vn yerno de vn Emperador, que le quitan la muger, y se la dàn à otro, no haze desgarros con que pasme al Orbe? Quiero, pues, ir à Palacio, y ensangrentar las bodas, vertiendo allì mi sangre, y haziendo que la vierta mi enemigo. Què ay que guardar ya respeto, quien se vè afrentado? Turbese la Casa Real à gritos de mi ofensa; aguense las bodas con llantos de mi agravio; veame primero muerto, antes

tes que Neron goze de Octavia. Este es vn arrojo honroso, este es vn camino noble, este es vn morir honrado. Ea criados, dadme mis armas, venid conmigo aprisa, abridme presto essas puertas: como? no viene ninguno? ola, à quien llamo? què digo? todos me aveis dexado? todos me desamparais? Mas bien hazeis, que à vn hombre que està sin honra serà mengua servirle. Idos, pues, dexadme todos, nadie me acompañe, que yo sabrè solo triunfar de mis sentimientos. Ea, puñal, pues vos solo me hazeis lado, pues vos solo me acompañais, como amigo, ayudadme à esta vengança, dadle muerte à mi dolor, matad mi afrenta, abridle puerta à la vida, sacadme el alma del pecho, y muera como honrado, ya que infeliz he sido.

Con estos despechos es de creer, que sentiria Silano su desgracia, quando se quitò la vida el dia de las bodas. Hecho en fin de gentil, que como Caton, y otros tenian por mayor honra, morir à sus mismas manos, que sufrir afrentas. Intolerable es el dolor que pica en la honra; pero mayor vencimiento es padecerle sufrido: que por no sufrirle, matarse despechado: pues aquello muestra grandeza de coraçon, que halla vado en los ahogos, y estotro indica mengua de animo, que se ahoga en los peligros. Consuelese, pues, nuestro David, con que tolera la infamia, sin enojar al Cielo, y corrale el campo à Silano, pues le mata de corrido.

Para consuelo tambien de Michol, concluyamos con Octavia, pues supo sufrir prudente desafueros, y ignominias. Quien duda que sentiria la desgraciada muerte de su primer esposo, pues solo el clamor della, y el verla enagenada, ocasionò su muerte; y aunque los alhagos de Neron, que al principio la amava cariñoso, la enjugavan las lagrimas, no podian borrarla las lastimas del pecho. Sentialas azia el alma (que es el mas fuerte sentir) y reprimia se assomassen à los ojos (que es el mas fuerte llorar) vistiò luto el coraçon, por mas que el cuerpo manifestava alegrias, arrastrando galas. Huvo finalmente de acomodarse con el tiempo, correspondiendo amorosa à los cariños del nuevo esposo, y mas quando à diligencias de Agripina su suegra, viò à Neron ceñido de laurel Augusto, y ella respetada por Emperatriz. Ayudò Agripina à morir à Claudio con veneno, todo traza, por-

porque no se le despintasse à Neron el Imperio. Y quando agradecido à la fortuna debiera el hijo, sino contemporizar con las malas mañas de la madre, atender empero à los buenos documentos de su ayo (que era Seneca) y à las loables costumbres de su esposa Octavia, diò en desenfrenarse à todo vicio, haziendose odioso al mundo, y detestable à Roma. Diose à la sensualidad, con menosprecio de la infeliz Octavia, y trocando por desvios los alhagos. Mas aun esto fuera tolerable en sugeto tan cuerdo como Octavia, sino se estendiera la maldad à mayores desverguenças.

Entre las muchas mugeres, que le llevaron à Neron el gusto, fue la principal Popea, muy afeada en belleza, mas no esquiva al galanteo. Esta, pues, le hechizò tanto, que para casarse con ella, no solo repudiò à Octavia por esteril, sino que la acusò por adultera, y para tener testigos, hizo atormentar cruel à muchas criadas; y aunque algunas anduvieron varoniles en defender la inocencia, otras insufribles al rigor de los tormentos, confessaron verdad el falso testimonio. Con esto desterrò à Octavia, y casose con Popea. Sintiò Roma la maldad, y armandose de razon, hizo estremos tan sentidos, que bastaron à bolverla del destierro. Fue recibida con regozijos, y fiestas, adornando sus estatuas con mil generos de flores, y trayendolas en ombros por toda la Ciudad, las colocaron en las plaças, y en los templos. Al contrario, las estatuas de Popea, fueron derribadas de sus nichos, y pilastras, el qual menosprecio sintiò tanto Neron, que fomentado de la ofendida idolatrada, bolviò à insistir con nuevas acusaciones en desterrar à Octavia de su vista.

Del que por orden suya avia muerto à Agripina su madre, hombre malvado, llamado Aniceto, se valiò el cruel Neron para dar cuerpo al imputado delito. Llamòle, pues, y diòle à entender lo obligado que le estava; pues le avia librado de la muerte, con averle quitado la vida à su madre, y que no recibiria menor servicio, si en el negocio de su repudiada esposa, testificasse averle sido infiel al Matrimonio. Solo vn Neron vsara tales ardides para castigar inocencias, aun contra su mesma fama. Condescendiò Aniceto al mandato cruel, publicando por plaças, y corrillos, que era la Emperatriz adul-

adultera, dandose por sabidor de la ofensa. Avivose con este rumor la causa, dixo el malvado su dicho, y cayò sentencia de destierro. A la Isla de Pandactaria fue Octavia desterrada, y porque llantos comunes no pudiessen bolverla à su antiguo honor, embiò el cruel marido quien la quitasse la vida. Rotas las venas, la metieron en vn baño, porque helado el rojo humor, no podia correr, ò no quiso de corrido. Ahogaronla en el baño, y cortada la cabeça, fue llevada à Roma, para que Popea celebrasse con placeres, verse sin competidora. Este fue el fin lastimoso destos dos caros consortes; el vno muerto à sus mismas manos, por no padecer la afrenta; y otro muerto à las agenas, ofendido, y afrentado. Consuelese, pues, David, y Michol en su penosa cuyta, y miren como discretos en la plana de los siglos, que ha avido otros muchos, que de la misma dolencia, salieron peor librados.

EXEMPLO QUINTO.

Autores desta historia las Coronicas de Portugal en la vida deste Rey. Mar. 2. p. l. 17. c. 9. y 16. Manuel de Faria en el Epitome de las historias Portuguesas p. 3. c. 10.

CORone al penoso assumpto vna historia Española, vn caso de Lusitania, que aunque ha dias que passò, siempre està vertiendo sangre, refrescando las memorias Don Fernando I. y Rey nono de Portugal, hijo del Rey Don Pedro, y de Doña Constança, apenas empuñò el Cetro Lusitano, quando quiso dar muestras de sus brios, pretendiendo la Corona de Castilla, à fuerça de armas, por dezir, no le tocava à Don Enrique por bastardo, y matador de su hermano. Alentaron sus intentos muchos Nobles de Castilla, que aviendose passado à aquel Reyno, le ofrecian su ayuda. Y en medio destos debates, que al Rey le costaron caros, aviendo tratado de casarse con la Infanta Doña Leonor, hija del Rey de Aragon, à la qual embiò vnas joyas de excessivo precio; puso los ojos en Doña Leonor Tellez de Meneses, hija de Alonso Tello, hermano del Conde de Barcelos, y muger de Juan Lorenço Vazquez de Acuña, Cavallero principal, y que con sus armas avia servido à sus Reyes con conocidas ventajas. Diò en hazerla galanteos, y en dexarse llevar tanto de su amorosa passion, que olvidando los tratos con la Infanta de Aragon, y menospreciando conveniencias, que con Doña Leonor, Infan-

ta de Castilla, se le podian seguir, siendo todas tres Leonores, y hermosas todas tres, se rindiò del todo al hechizo de la mas bella Leonor. Imitò à su padre en lo amartelado, si bien menos atento, pues Don Pedro, si idolatrò en su Doña Inès, hallola libre; mas Don Fernando, atropellò con su amor los fueros de vn marido. Era Doña Leonor descollada en bizarria; pues aun fingiendo desvios, y esquivezes, parece que brindava con cariños. Blasonò de honrada, desmintiendo los alhagos con capas de su nobleza, su honor, y reputacion: que como se mirava tan querida, quizà, que adivinava los logros, que vino à darle su constancia; si ya no sea, que como quiere algun Historiador, se rindiesse desde luego à la terneza. Todo pudo ser, que ver vna Magestad enternecida, y hecha al ruego, mucho marmol avia de vestir la dama, para resistirle. Enfin, ya que no llegasse la execucion, se amigaron los deseos; y soplando el apetito à la amorosa llama, se leyantaron incendios casi irremediables.

Siempre es el marido el vltimo que sabe su deshonra, y mas, quando con muger de prendas vive confiado; mas andava el Rey tan inquieto, maripòsa à las luzes de Leonor, que aunque Juan Lorenço estuviera mas seguro, era impossible dexar de tropezar en los amagos. Viò harta luz para sospechas, rezelò el alma, inquietòse el coraçon, y desassossegose el pecho. Començò el honor à hazerse espia, haziendose todo ojos, y con candado en los labios. Era avisada Doña Leonor, y conociò en la mudança la dolencia del marido, por mas que la rebozava en dissimulos. Temiò sus enojos justos, y el riesgo que la amenazava, y eligiò por mas seguro, contarselo al Rey, porque remediasse el daño. Aguardò oportunidad, y hecha toda à la congoja, le dixo desta suerte.

Conozco, Rey, y señor mio, las obligaciones que devo à V. Magestad, y que à estàr en estado de poder pagarlas, cumpliera à ley de quien soy, con lo que devo. En quanto el honor me ha dado licencia, y no sè si he excedido, he procurado agradecer sus favores, por no parecer ingrata, à quien siendo magestad, manifiesta rendimientos; pero mi esposo, señor, es antes, como quien tiene la llave de mi alvedrio. Segun he visto en su rostro, sospecho ya de vuestras visitas, y

y aunque no me ha dicho nada, me ha dicho mucho callando, que vn marido, quando llega à hablar en materias de su honor, el puñal suele ser la lengua con que escriven las palabras. No permitais, pues, que yo de lugar à que se me acomule afrenta, admitir vuestras visitas, y que à estruendos de la nota, se mancille mi fama, y el honor de Juan Lorenço. Atajad, señor, el daño, sin dar mas cuerpo al peligro, refrenad esta passion, pues no puedo mereceros; y pues entre dos Infantas teneis bien en que escoger bellezas, y hermosuras, olvidad à quien tiene tan poco de belleza. Esto es lo que os importa, esto lo que os conviene, esto lo que os suplico.

Aplicò el lienço à los ojos, mostrando ternura al ruego, ò para obligarle mas con lagrimas, ò quiza, para hechizarle mas en sus amores; que llantos con asseo, en quien tiene buena cara, suelen ser hechizos, que trastornan al amante. Tal quedò el Rey Fernando con su amado hechizo, pues en vez de mitigar el fuego de su aficion, en vez de refrenarse para evitar el riesgo, quitò el emboço al recato, y dixo: que à ella sola la queria para esposa suya, y Reyna de Portugal. Quien no dirà, que este es desatino, y que estava fuera de si este Rey? Quien no dirà, que le han dado bebedizos, que le hazen desatinar? Diganlo, ò no; fuesse, ò no fuesse hechizo (que siempre es el mayor vna hermosura en quien se cautiva della) el Rey diò en que se avia de casar con Doña Leonor Tellez, y se saliò con ello. Mandò llevarla à Palacio, diòle quarto en èl, procurando con algunos cargos divertir à Juan Lorenço, que ya espinado, y mas con las mercedes, llorava, y sentia à solas sus afrentas. Toda la Nobleza lo sentia; pero nadie podia remediarlo.

Con estos, y otros indicios, començò à correr la voz, que era Doña Leonor Tellez la que divertia al Rey, con perdidas de su honor. Y esto se hablava en Palacio, desto en la Corte, desto en todo Portugal, y quien menos lo oìa, y quien lo sentia mas, era el infeliz marido. Doña Leonor, que fiada en la palabra del Rey, y se tenia por Reyna, no imaginava, que el vulgo desenfrenado la apellidava amiga. No faltaria quien la informasse dello, y aun quizà, con quemazones de verla tan entronizada, y tan dueño de vna Magestad. Cayò

en la cuenta, y mas oyendo el asiento de las pazes, que se avian hecho en Alcautin, Villa de Portugal, à primero de Março de 1371. y que era vna de las cõdiciones, que la Infanta Doña Leonor, hija del Rey de Castilla, casase con el Rey D. Fernando de Portugal, cuya dote le assignava en Ciudad-Rodrigo, y Valencia de Alcantara, en Estremadura, y Monreal en Galicia; pazes, y conciertos con que quedava el de Portugal con ensanchas grandes de su Corona, amigo del de Castilla, y con esposa de iguales prendas. Sabidos, pues, estos tratos por Doña Leonor, y à tiempo, segun algunos, que ya tenia vna hija del Rey, que se llamava Doña Beatriz, no puede ponderarse sus amorosos, quanto sentidos estremos; si bien al buen discurso dexan entenderse. Desaliñado el asseo, si bien en vna beldad son hechizos desaliños, à medio llorar los ojos, dolorosos por lo tiernos, entre ahogos las palabras, por lo quebradas sentidas, se fue à los pies del Rey, y hablole desta suerte.

Jamàs creì, que las Magestades engañaran à inocencias, ni que vn Rey de Portugal se enamorasse de burlas con menoscabo de honras. Ya he visto por mi, mi engaño, pues por fiarme tanto de vn Rey (y no me pesa) avre de llorar, burlada mi afrenta, y menosprecio. Bien sabe vuestra Magestad, lo bien hallada, y querida, que estava con mi marido; bien sabe, que si le dì oìdos à su amor, fue sin quiebras del recato, hasta que con pareceres de hombres graves, me asseguró, que era nulo el Matrimonio, por el grado de parentesco en que estoy con Juan Lorenço, asseguradome, que en Roma no se diò dispensa, y que assi sin agravio de mi esposo, me queria dar su mano: bien sabe las muchas dificultades que le puse, pues aunque de ilustre estirpe, no me hallava con meritos para igualar Magestades; bien sabe las ofertas que me hizo, y los seguros que me prometiò, de que seria firme su palabra: en cuya fee creìda, sino me ablandè amorosa, no me mostrè ingrata. Pues como, señor, aora que en talamo nupcial aguardava mi sossiego, se casa con la Infanta de Castilla, dando ocasion à que el vulgo publique mis infamias? Con que cara bolverè à ojos de vn marido afrentado? Ni como me recibirà por muger, si por causa de el deudo, ha dicho V. Magestad, que nunca fui su esposa? Pues què? irè à que me reciba

por su amiga? irè à que sustituya el titulo afrentoso que me ha dado? irè à que prohije esta prenda infeliz, y que le llame hija suya, siendo de V. Magestad? irè à contarle las medras que me ha dado su Corona? irè à dezirle el fin de sus amores? aquellos suspiros tiernos? aquellos ayres sentidos? O digame, adonde irè para que acabe mas presto con mi vida, y sea escarmiento de infelizes hermosuras?

No ay duda, sino que con estos, y otros sentimientos semejantes, bolviò Doña Leonor à embaucar al Rey enamorado; pues consta de la historia, que embelesado en los amores de esta belleza, embiò embaxada al Rey de Castilla, disculpandose, de no poder casarse con la Infanta; pero que abrazava su amistad, y en fee dello, le restituia todos los pueblos que le tenia tomados. Con obras, y tan demostrativas como estas, quiso satisfacer à los cargos de su enojada hermosa. Rugiose luego el caso, de que queria el Rey casarse con Doña Leonor; fuesse avivando la voz, causandose à la plebe escandalos, y à la Nobleza alborotos. En motin confuso, y aun siendo Capitan, dizen, vn sastre, llamado Fernando Vazquez, hombre atrevido, y resuelto, llegaron à las puertas de Palacio, y à vozes desentonadas, dezian: que no passasse adelante aquel casamiento, sino que Doña Leonor fuesse restituida à su legitimo marido, ò que avia de perderse el Reyno. Esto aclamavan vnos, bolviendo por Juan Lorenço; y otros por la autoridad Real, davan las mismas vozes. Pero el Rey, que quiso ya de vna vez que viesse el mundo lo inmenso de su amor, y que supieran, que era Rey en no bolver atràs con su disignio, aunque el motin pudiera acobardarle, aunque las justas querellas pudieran persuadirle, cerrando à todo los ojos, se saliò por otra parte secreta con Doña Leonor, y con muchos Grandes, que le acompañavan, y fuesse à Oporto, y alli publicamente celebrò sus bodas, haziendo, que todos besassen la mano como à Reyna, à la que avian apellidado por su amiga. Con esto le dieron à Juan Lorenço carta de horro, para poderse casar con quien quisiesse; si èl no supiera, que era Leonor su muger, y invalido el segundo casamiento.

Començò el infeliz Cavallero à sentir ya en lo publico su deshonra, sacandole como de juizio el mucho sentimiento; porque al passo que quiso ser sufrido, haziendo gala el agra-

vio, pudo imaginarse locura, poner por plumaje en el sombrero vnos cuernos de oro, pregonero de su afréta. Pero que mucho hiziesse locuras, quien se mirava afrentado, y ageno de la muger que amava, si vn Rey se mostrò sin sesso por gozar vna beldad? En fin, Juan Lorenço despechado, y corrido, ya que le avian quitado la muger, temiò al modo que nuestro David, que le quitassen la vida: y imitando, como Catolico sus passos, se passò à Castilla, como allà David à Geth, donde abrasado en sentimientos, y arrastrado de sus cuytas, acabò la vida. Su muger Doña Leonor, no anduvo tan fina como debiera, pues si es que sintiò apartarse del marido, se consolò bien presto, y mas quando coronada Reyna, y el Rey à su lado, viò que los Grandes le hincavan la rodilla, para besarle la mano. El Infante Don Juan, Maestre de Avis, que aunque bastardo, à fuerça de su braço sucediò en el Reyno, fue el primero que besò la mano à Doña Leonor. El Infante Don Dionis, hijo de Doña Inès de Castro, no quiso hazerlo, aunque el Rey se lo mandò, diziendo con mucho brio, que no besava èl la mano à tales Reynas. El Rey colerico de la desembolturа, diò tanta rienda al enojo, que metiò mano à vn puñal, y arremetiò al Infante para herirle, mas èl bolviò las espaldas, y se passò à Castilla. Gozò en fin Doña Leonor de la Corona, y con menos recato que deviera, enseñoreandose tanto de la voluntad del Rey, que todo el govierno corria por su mano: levantò con titulo de Conde à Juan Fernandez de Andeyro, cierto Cavallero de Galicia, con quien dizen, andava enamorada, y aun perdida; juizios, quiza del Cielo, que por la misma que afrentò el Rey à vn vassallo, padeciesse el Rey afrentas. Consuelese, pues, mucho nuestro David con este exemplo, y vea lo mejorado que està en sus cuytas; pues si le quitaron à la muger, y se la dieron à otro, èl vino à cobrar por el discurso del tiempo lo que era suyo, y ella procediò tan fina, que jamàs con el esposo supuesto le hizo agravio. No fue Michol como Doña Leonor, que por complacer à vn Rey, supo alegrarse, sino que constante, y fina à vn Rey padre, y à vn marido, supo resistirse. Miren todas las casadas estas finezas, y aunque las brumen riesgos, ò las alaguen caricias, sepan ser leales, à los que maridos suyos las entregan las llaves de su honra.

CA-

CAPITULO XI.

COMO DAVID SE FUE AL REYNO de Geth à valer de el Rey Achis, y lo que alli le passò. Cuentase la batalla memorable de Gelboè, con la muerte de Saul, y destrozo de su campo.

YA que con tantos similes, y exemplos dexamos à David, y à Michol algo consolados en sus cuytas, y amagados zelos, passemos mas adelante en sus trabajos. Bien coligiò David de la accion de averle dado Saul à Michol otro marido, que estava muy indignado cõtra èl, y avia de procurar averle à las manos; lo qual mostrò la experiencia, pues con tres mil hombres de los mas escogidos saliò en su busca por los desiertos de Ziph. Supolo David, mediante las espias, que ordinariamente, como astuto Capitan, tenia derramadas por el monte, è informado de la parte donde tenia el Rey su alojamiento, y visto, que entregados al sueño, dormian descuidados, quiso arrestar à vn arrojo, fiado en las bizarrias de su animo. Llamò, pues, à su sobrino Abisai, hermano de Joab, y rebozados con la capa de tinieblas, que les prestò la noche, llegaron con passos de silencio, hasta la misma tienda, donde Saul dormia, y Abner, y otros Capitanes en contorno. Viendo Abisai ocasion tan oportuna, y que con las mismas armas que tenia el Rey à la cabecera, podian darle muerte; dixole à David: Ea, señor, aora es tiempo, este es el dia en que Dios ha puesto à tu enemigo en tus manos; permiteme que con su mismo venablo le atraviesse el pecho. David entonces, teniendole el braço, le dixo: Estate quedo sobrino, y advierte, que quien en vn Christo de el Señor pone las manos, comete culpa mortal. No quiero que le mates, ni que le ofendamos en vn hilo de la ropa; porque te juro por el Señor que nos rige, que hasta que llegue el dia de su muerte, ò Dios le quite

Ex lib. 1. Regũ, cap. 26. y 27. y 28 Texto, y Glossa.

Ya queda apũtado en el cap 7. de este libro.